

La pérdida de los franceses, además de 16 cañones que dejaron en nuestro poder, fué (ponemos la cifra de sus propias historias) de 944 muertos, 6,294 heridos, y 156 prisioneros: entre los muertos se contaba el bravo general Lapisse, y entre los heridos ocho coroneles y un general de brigada. Tuvieron los ingleses entre muertos, heridos y prisioneros más de 6,000, contándose entre los muertos los generales Mackenzie y Langworth. En 1,200 hombres consistió la de los españoles, siendo de los heridos el general Manglano. Porque unos cuerpos españoles habían flaqueado la víspera, intentó el general Cuesta diezmarlos, y aun comenzó la sangrienta ejecución, en términos que llevaba sacrificados cincuenta hombres, y no sabemos hasta dónde hubiera llevado su ferocidad, si intercediendo el general inglés no hubiera amansado sus iras. Tal fué el resultado de la célebre batalla de Talavera de la Reina (28 de julio, 1809). La Junta Central española nombró á sir Arturo Wellesley capitán general de ejército, y el gobierno británico le dió el título de vizconde de Wellington, con que en adelante le conoceremos. Entre otras gracias que la Central otorgó á los jefes españoles que mas se habían distinguido, fué una la gran cruz de Carlos III con que condecoró al general Cuesta (1).

Lord Wellington y los españoles permanecieron en Talavera, donde se les reunió el 29 el general Crawford con 3,000 hombres, absteniéndose á pesar de eso de ir al alcance de los franceses, que el mismo día 29 repusieron el Alberche, primero el rey José con el 4.º cuerpo y la reserva, dirigiéndose por Santa Olalla hacia Toledo y Madrid, ambas amenazadas por el general Venegas, cuyos destacamentos llegaban hasta Valdemoro. El mariscal Víctor con su primer cuerpo se retiró también (1.º de agosto) hacia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, temeroso del general inglés Wilson, lo cual dió ocasión á nuevos desacuerdos entre los jefes franceses. Aunque Wellesley alegó como causa de no seguir al alcance del enemigo su consabida queja de la falta de víveres, es indudable que influyeron en su conducta otros motivos y razones, y no era la menor entre estas que el ejército francés, aunque vencido, no había sido deshecho. No creemos que supiera todavía, aunque se publicó en Madrid el 27 de julio por Gaceta extraordinaria, el armisticio celebrado en Znaim entre el emperador y los austriacos: lo que sabía era, y esto pudo influir mas que nada en su determinación, que Soult venía avanzando con sus tres cuerpos, tanto que el 30 de julio atravesó el puerto de Baños, ahuyentando de él al marqués del Reino que con escasas fuerzas le defendía, obligándole á plegarse al Tíetar, y quedando así allanado á los franceses el camino de Plasencia.

Acordaron en su vista los generales aliados, pero esto era el 2 de agosto, que el ejército inglés fuera al encuentro del

(1) Fué esta batalla causa de muchas y muy graves discordias entre los franceses. No solo hubo acres y mutuas increpaciones sobre la retirada entre Víctor y Sebastiani, sino también entre el mariscal Víctor y el rey José, asegurando aquel haberlo hecho por orden de este, negando este haber dado semejante orden. Por otra parte, Napoleón reconvinó agria y duramente á su hermano José por sus disposiciones para la batalla, y entre otras cosas decía que el plan de hacer venir á Soult sobre Plasencia, era fatal y contra todas las reglas, que tenía todos los inconvenientes y ninguna ventaja, y concluía diciendo: «No se entiende una palabra de los grandes movimientos de la guerra en Madrid.» Pero añadió que cuando José fué á París al bautizo del rey de Roma, tuvo con Napoleón una larga conferencia sobre esta batalla de Talavera, y que en ella le convenció de la conveniencia de su plan, tanto que le dijo el emperador: «Pues ahora digo que no debiste contentarte con dar á Soult la orden de marcha por medio del general Foy, sino que debiste enviarle dos, tres, cuatro oficiales, y exigir que uno de sus propios ayudantes de campo no volviese sino con el cuerpo de ejército del duque de Dalmacia.»—Sobre los muchos documentos que sobre este asunto hemos visto, y los muy curiosos que se encuentran en las Memorias del rey José, también Thiers puso al final del tomo XI de la Historia del Imperio un apéndice con el título de *Documentos sobre la batalla de Talavera*.—Todo lo cual prueba la importancia que ellos dieron á este hecho de armas, y el dolor que les causó no haber triunfado en él, así como se ve por sus historias la violencia que les cuesta reconocer, no que confesar, que fuese victoria la que consiguió el ejército anglo-hispano. Todos se culpan recíprocamente, todos se quejan del mal éxito de aquella jornada, y nadie se lamenta de lo que le ha salido bien.

duque de Dalmacia, y que el español permaneciera en Talavera al cuidado de Víctor, por si volvía á avanzar por aquel lado. En su virtud pasó el de Wellington con su gente á Oropesa (3 de agosto), donde al siguiente día le sorprendió la llegada del general Cuesta, que no atreviéndose á permanecer solo en Talavera por temor al mariscal Víctor y al rey José, se fué á incorporar al ejército británico. Desazonó á Wellington semejante precipitación, con la cual, sobre ser contraria á lo acordado, quedaban abandonados en Talavera todos los heridos ingleses, que le había en gran número. Fuese por esto, fuese también, lo cual es muy verosímil, por temor á las fuerzas de Soult, que no bajaban de 50,000 hombres, también él mudó de pensamiento, y en vez de ir á buscar los franceses, determinó pasar el Tajo por el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa (7 de agosto), dejando á los españoles, que le siguieron, el cuidado de cubrir su retaguardia. Encontráronse ambos ejércitos metidos en terribles desfiladeros, de que salieron con grandes dificultades, en ocasión que el 5.º cuerpo de Soult guiado por Mortier, en comunicación ya con Víctor que desde el 6 había vuelto á Talavera, se disponía á forzar el puente del Arzobispo.

El 8 de agosto el mariscal Mortier, duque de Treviso, atacó dicho puente, que los españoles tenían fortificado. Mas en tanto que estos atendían á su defensa, no advirtieron que 800 jinetes enemigos, guiados por el general Caulaincourt, vadeaban el Tajo, los cuales acometiendo por la espalda á los nuestros facilitaban practicar igual operación á un cuerpo de 6,000 caballos que á la orilla opuesta quedaba. No habiendo llegado á tiempo de impedirlo los 3,000 jinetes españoles que mandaba el duque de Alburquerque, los defensores del puente huyeron desconcertados, tirando los unos á Guadalupe, los otros á Valdelacasa, y dejando en poder del enemigo 30 cañones, muchos carros de equipajes y algunos centenares de prisioneros. Por fortuna este no pudo seguir adelante, pues el puente de Almaráz estaba cortado, y por el del Arzobispo era meterse en los mismos desfiladeros de que acababan de salir con tanto trabajo los ingleses. Así por esto, como porque llamaba la atención del rey José lo que pasaba hacia Toledo y Madrid, y por ser también lo mas conforme, á las órdenes antes expedidas por Napoleón desde Schönbrunn, suspendiéronse las operaciones por la parte de Extremadura. Soult recibió orden de situarse con el 2.º cuerpo en Plasencia; Mortier de ocupar las cercanías de Oropesa con el 5.º; y Ney con el 6.º de trasladarse á Salamanca, y arrojar de allí las tropas del duque del Parque que la estaban ocupando. Al atravesar Ney el puerto de Baños, encontró, atacó y dispersó la división hispano-lusitana que mandaba el inglés Wilson, no sin que le disputara á palmas el terreno y sin batirse briosamente por algunas horas, tan inferior en número como era. En cuatro días se puso el duque de Elchingen de Plasencia en Salamanca, aun con haberse detenido á dar un combate. Esta celeridad hizo resaltar mas la lentitud con que el duque de Dalmacia había hecho antes su marcha de Salamanca á Plasencia, lentitud á que el rey José y su jefe de estado mayor Jourdan atribuyeron siempre, y no sin fundamento, la pérdida de la batalla de Talavera, cuando con mas rapidez en aquel movimiento pudieran haber destruido al ejército inglés.

Mientras esto pasaba por la parte de Extremadura, José y Sebastiani habían atendido á libertar la capital del reino amenazada, como indicamos, por el ejército de Venegas, á quien la Central había conferido el mando interino de Castilla la Nueva, con prevención de que residiese en Madrid, caso de poder ocuparla, en lo cual llevaba también la Junta el designio de disminuir el fatal influjo de Cuesta. Era el ejército de Venegas de lo mas lucido y bien acondicionado que entonces teníamos: constaba de cerca de 30,000 hombres, distribuidos en cinco divisiones, regidas por generales acreditados, como lo eran Lacy, Vigodet, Giron, Castejon y Zerain: mandaba la caballería el marqués de Gelo. Había reconcentrado su fuerza principal en Aranjuez, con propósito de defender los puentes y vados del Tajo, dejando detrás dos divisiones en el camino de Ocaña. El 5 de agosto acometieron los franceses por la orilla izquierda tratando de ganar los tres puentes: rechazá-

ronlos con vigor nuestras tropas, guiadas por los generales Giron, Lacy y Vigodet, y desistieron aquellos despues de sufrir pérdida no escasa. Dirigiéronse luego á Toledo, el 9 pasaron el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y José con su reserva situó su cuartel general en Vargas. En vista de este movimiento juntó el español Venegas sus fuerzas en Almonacid, inclinado á presentar la batalla, con cuya opinion coincidió la de los demás generales. No la rehuyeron los franceses, antes bien la anticiparon, y cuando el 11 por la mañana partió el rey José de Toledo con su guardia y con intencion de atacar, encontró ya al general Sebastiani empeñado en el combate. No fué este favorable á los españoles: cuando llegó el rey José con la reserva, la quinta division nuestra había ya flaqueado; la colina en que estaban las principales fuerzas españolas fué tomada despues de una viva resistencia, la division de Lacy se vió sumamente comprometida, Venegas dió la orden de retirada, lo cual no pudo hacerse ordenadamente á pesar de las acertadas maniobras de las divisiones Vigodet y Castejon, pues la voladura de unos carros de municiones asustó y dispersó la caballería, y huyeron todos atropelladamente hacia Manzanares. Aun allí corrió la voz de hallarse cortados por el enemigo, con lo cual desbandadamente se ahuyentaron, no parando en su fuga hasta Sierra-Morena, donde al fin despues se rehicieron, segun costumbre.

La derrota de Almonacid nos costó la pérdida de 4,000 hombres, diez y seis piezas de cañon y algunas banderas. Los franceses confesaron haber tenido 319 muertos y mas de dos mil heridos. Sin embargo, el rey José dirigió en Madridejos á sus tropas una jactanciosa proclama, que se publicó despues en la «Gaceta» de Madrid, exagerando su triunfo, el número de las fuerzas españolas y su pérdida (1). José despues de esto se volvió á Madrid (15 de agosto). El mariscal Víctor de orden suya pasó á la Mancha, y estableció su cuartel general en Daimiel. El 4.º cuerpo se situó sobre el Tajo desde Aranjuez hasta Toledo. Por la parte de Extremadura, el general Cuesta, abrumado por los años, por los disgustos y por las contrariedades de la guerra, hizo dimision de su mando (12 de agosto), sucediéndole interinamente el general don Francisco de Eguía. Wellington con el ejército inglés retrocedió desde Jaraicejo (20 de agosto), hacia Badajoz, estableciéndose en la frontera de Portugal.

Así terminó aquella campaña de veinte dias, que con tan favorable estrella para nosotros se había inaugurado en la batalla de Talavera. Si es cierto, como proclamaban nuestros enemigos, que el plan de los españoles se había completamente frustrado, que en vez de llegar por una parte á Madrid y por otra hasta el Ebro, como lo ofrecía el general Cuesta á la Junta de Sevilla, fueron obligados á huir precipitadamente á Sierra-Morena despues de perder mucha gente, y á retirarse el ejército inglés á la frontera de Portugal, también lo es, y uno de sus mas afamados historiadores así lo confiesa, que ellos, «con trescientos mil soldados veteranos, los mejores que ha tenido nunca Francia (son sus palabras textuales), y cuyo número efectivo ascendía á doscientos mil combatientes,» habiéndose prometido estar en julio en Lisboa, en Sevi-

(1) La proclama decía entre otras cosas: «Pero lo que era imposible prever es la batalla de Almonacid. Con efecto, ¿cómo se había de creer que ese ejército de la Mancha, aunque su fuerza consistía en 40,000 hombres, tuviese no obstante la osadía de reunirse y marchar sobre Toledo?... La victoria no ha estado largo rato indecisa. Generales, soldados, caballería, infantería, todo ha sido envuelto en una derrota completa. Ya han caído en nuestro poder 30 carros de municiones y otros 200 de equipajes. El enemigo ha perdido 3,000 muertos, crecidísimo número de heridos, 4,000 prisioneros, y muchas banderas. Todo cuanto ha podido salvarse del campo de batalla está dispersado y ya no existe como cuerpo militar.»—Gaceta de Madrid del 15 de agosto.

Exagerada y jactanciosa hemos llamado esta proclama, y lo vamos á demostrar por las mismas Memorias del rey José. Las fuerzas españolas, que la proclama hacia subir á 40,000 hombres, en las Memorias no llegaban á 30,000. Los 30 cañones cogidos, segun la proclama, en las Memorias son 16. Los 100 carros de municiones de la proclama se reducen en las Memorias á 31. De los 200 de equipajes no se hace mencion en las Memorias. La pérdida de hombres que por la proclama fué de 7,000 sin contar crecidísimo número de heridos, en las Memorias no pasa entre todos de 4,000.—Memorias del rey José, tomo VI, página 256.

lla, en Cádiz, y en Valencia, estaban en agosto, no en Lisboa, ni en Oporto siquiera, sino en Salamanca; no en Cádiz ni en Sevilla, sino en Madrid; no en Valencia, sino en Zaragoza (2). Y añade el mismo escritor, que cuando Napoleón, que se hallaba en Schönbrunn preparaba sus ejércitos por si comenzaban de nuevo las hostilidades en Alemania, supo los sucesos de nuestra península, se afectó tan profundamente, y se enfureció tanto contra los que habían tenido parte en ellos, incluso su mismo hermano, que á todos juzgó con severidad, de todos sospechó, y á todos quería sujetar á juicios y procesos criminales.

Si entre los mariscales franceses, y entre estos y el rey José no hubo mejor acuerdo, y á esto atribuyeron el poco fruto de aquella campaña, también hubo desacuerdos lamentables entre los jefes de los ejércitos británico y español, Wellesley y Cuesta, y entre aquel y la Junta de Sevilla; desacuerdos que se creyó, aunque en vano, terminarían con la venida del marqués de Wellesley, hermano de sir Arturo, como embajador de S. M. Británica cerca del gobierno español. El tema perpetuo del general inglés, la causa con que pretendía justificar, así la lentitud en ciertas operaciones como la retirada á la frontera de Portugal y sus desabrimientos con Cuesta y con la Junta, era la escasez de subsistencias para sus tropas. No diremos nosotros que los víveres abundaran siempre, como fuera de desear, en un país de antes ya trabajado y devastado por franceses y españoles, ni aseguraremos tampoco que la Central desplegara todo el celo y actividad posibles, ni tomara siempre las mas acertadas medidas para proporcionarlos. Mas ni era verdad que careciese siempre de los precisos bastimentos, como sus mismos compatriotas lo reconocieron y consignaron (3), pudiendo con mas justicia lamentarse de ello nuestros soldados, ni era justo pretender que en la situacion en que se encontraba España se previnieran todas las necesidades y hubiera regularidad en el establecimiento y provision de almacenes. Y si bien tuvo razon Wellesley para despedir con ignominia á Lozano de Torres, enviado por la Junta para el objeto de los abastecimientos, no la tuvo para desatender ásperamente, así al intendente Calvo de Rozas, que la Junta envió despues, con ser persona de muy otras y respetables condiciones que Lozano, como al general Eguía, con quien no tenía las prevenciones que con Cuesta, los cuales le rogaban que desistiese de su retirada á Portugal. La aspereza con que desatendió á sus ruegos y á sus ofrecimientos, llevando adelante su propósito, indican que no la falta de subsistencias, sino otras causas influían en sus determinaciones, dando lugar á que sospecharan muchos no fuese una de ellas cierta maniobra para hacerse nombrar general en jefe del ejército aliado.

Tan pronto como José regresó á Madrid, contemplándose ya mas seguro, se consagró con actividad á los trabajos de gobierno y administracion interior. Ya antes había instalado el Consejo de Estado, no así las córtes ofrecidas por la Constitucion de Bayona, que sin duda por lo árduo de las circunstancias no se atrevió á convocar. Así uno de sus primeros decretos fué la supresion de todos los Consejos, de Guerra, Marina, Ordenes, Indias y Hacienda, refundiéndolos en las secciones del de Estado. Siguiéronse á este otros varios, todos sobre asuntos graves. Tales fueron: la supresion de todas las grandezas y títulos de Castilla, no reconociéndose en lo sucesivo otros que los que él dispensara ú otorgara por decreto especial:—la cesacion de todos los empleados en sus cargos y funciones, debiendo someterse á solicitar sus títulos del nuevo gobierno:—la obligacion de presentar en el término de un mes á los intendentes de las provincias todo documento de la deuda pública, sopena de ser declarados extinguidos en favor del Estado:—la supresion de todas las órdenes religiosas, así de monacales como de mendicantes, debiendo sus individuos establecerse en los pueblos de su naturaleza, donde habían de recibir su pensión:—la confiscacion de los bienes de los emigrados, y su aplicacion al pago de la deuda pública:—la crea-

(2) Thiers, Historia del Imperio, libro XXXVI.

(3) Como lo hizo lord Londonderry en su Narracion de la guerra peninsular, vol. I, cap. 17.

ción de 100.000.000 de reales en cédulas hipotecarias, destinadas mitad al ministerio de la Guerra, mitad al de lo Interior, para indemnizar á los que le hubiesen hecho servicios importantes ó sufrido por su causa pérdidas en la guerra:—la abolición del impuesto conocido con el nombre de *Voto de Santiago* (1).

A estas medidas acompañaron y siguieron otras, las cuales, lo mismo que puede decirse de las ya enumeradas, eran unas de carácter tiránico y odioso, otras benéficas y civilizadoras. Pertenecían á las primeras las persecuciones y los destierros á Francia de próceres y literatos, de togados é industriales, señalados por desafectos á la causa de la usurpación; la de obligar á los que tenían hijos sirviendo en el ejército español á dar para el suyo un sustituto ó una indemnización en dinero; la de recoger la plata de las iglesias y otras semejantes. A las segundas pertenecían la organización de los grados y sueldos de la milicia, el plan de enseñanza pública, en que se prescribían ya muchas de las notables reformas que andando el tiempo y en nuestros propios días se han ido adoptando con éxito en España, y otras de parecida índole. Mas por desgracia las que hubieran podido ser provechosas, ó no se planteaban ó producían solo mezquinos é imperceptibles resultados por culpa de los encargados de su ejecución.

En tanto que en el centro de la Península pasaban los sucesos militares de que acabamos de dar cuenta, á un extremo de España, en una de las mas célebres ciudades de Cataluña en la historia antigua y moderna, se estaban realizando hechos insigües, tan terribles como gloriosos, que habian de ser la admiración de aquellos y de los venideros tiempos, que habian de dar honra y fama á la nación que sustentaba esta guerra, y que habian de causar tal asombro, como nadie podía esperar ya, vistos los prodigios de constancia y de valor que habia ofrecido al mundo la heroica Zaragoza. Nos referimos al memorable sitio y á la inmortal defensa de la plaza de Gerona.

Indicado dejamos atrás el empeño de los franceses en tomar á Gerona, ya porque las instrucciones y mandatos terminantes de Napoleón al jefe de su ejército de Cataluña eran de que se apoderara de las plazas fuertes, ya porque ellos mismos anhelaban reparar el honor de las armas imperiales, no poco lastimado con la humillación y las pérdidas sufridas en los ataques de los dos sitios que en el año anterior de 1808 habian puesto á aquella misma ciudad. Resueltos esta tercera vez á vengar aquella doble afrenta, presentáronse el 6 de mayo de 1809 á la vista de la plaza las tropas francesas mandadas por el general Reille, si bien á los pocos días le reemplazó Verdier, que continuó al frente de ellas durante el sitio. Población Gerona de mas de 14.000 almas, extendida por las dos riberas del Oña, y prolongándose á su derecha hasta la union de este rio con el Ter, dominada en aquella parte por varias alturas, si bien protegida por castillos y fuertes, pero de tal manera que tomando uno de ellos y especialmente el de Monjuich, quedaba descubierta á los ataques de los agresores, necesitaba para su defensa, por la extensión de su recinto y por los muchos puntos fortificados que habia que cubrir, de casi doble guarnición de la que tenia, y á juicio de los mismos ingenieros franceses era muy imperfecta su fortificación. Guarnecíanla solo 5.673 hombres de todas armas. Pero á todo habia de suplir la constancia de las tropas, el valor de los jefes y el patriotismo de los moradores. Gobernaba interinamente la plaza don Mariano Alvarez de Castro; era teniente de rey don Juan de Bolívar, que tan heroicamente se habia conducido ya en los dos sitios anteriores; dirigía la artillería don Isidro de Mata, y mandaba los ingenieros don Guillermo Minali. Resueltos los vecinos, todos sin distinción, incluso el clero secular y regular, y hasta las mujeres, á contribuir, cada cual como pudiese, á la defensa de la ciudad, el coronel don Enrique O'Donnell organizó ocho compañías de paisanos con el nombre de Cruzada, y hasta de mujeres se formó una compañía titulada de Santa Bárbara, encargada de asistir á los heridos y de hacer y llevar cartuchos y víveres á los defenso-

(1) Hemos mencionado estos decretos por el orden con que se fueron publicando en las Gacetas de Madrid del 18 al 23 de agosto.

res. Nombróse generalísimo al Santo Patrono de la ciudad San Narciso, á cuya protección é intercesión atribuían los devotos moradores su salvación de los ataques y peligros en las guerras de antiguos tiempos.

Hasta el 31 de mayo no habian adelantado otra cosa los sitiadores que arrojar con trabajo á los nuestros de la ermita de los Angeles. Aumentadas en la primera semana de junio las fuerzas enemigas hasta 18.000 hombres con los refuerzos que desde Vich les envió Saint-Cyr, circunvalaron la plaza y comenzaron á atacar varios de los fuertes. El 12 (junio) se presentó ya un parlamentario á intimar la rendición, y aquí es donde el gobernador Alvarez comenzó á demostrar lo que podia esperarse de su entereza y decisión. «No quiero, contestó, trato ni comunicacion con los enemigos de mi patria, y el emisario que en adelante venga será recibido á metrallazos.» Y de cumplirlo así, y no ser solo una arrogante amenaza, dió despues no pocas pruebas. Con esta respuesta, sin dejar de continuar los ataques á las torres y castillos, comenzó en la noche del 13 al 14 un terrible bombardeo. Soldados y vecinos defendían denodadamente los puntos que se les encomendaban: fueron no obstante sucesivamente desalojados de las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel, en gran parte desmanteladas por la artillería. Habiéndose apoderado el 21 Saint-Cyr, aunque á costa de sangre, de San Feliu de Guixols, aumentáronse las fuerzas sitiadoras hasta 30.000 hombres, sin que por eso en el resto del mes alcanzaran mas ventajas, siendo ellas á su vez molestadas por los somatenes.

Resueltos ya los franceses á apoderarse á toda costa de Monjuich, embistiéronle el 3 de julio con veinte piezas de grueso calibre y dos obuses. Guarnecíanle 900 hombres (2). En la noche del 4 intentaron ya los enemigos el primer asalto: rechazados por la serenidad de los nuestros, suspendiéronlo hasta el 8: arremetieron aquel día en columna cerrada, guiados por el valiente y temerario coronel Muff: temerario decimos, porque repelido hasta tres veces con gran estrago de los suyos, todavía se obstinó en acometer la cuarta, hasta que herido él mismo y desmayada con tanto destrozo su gente, hubo de retirarse con pérdida de 2.000 hombres, entre ellos once oficiales. De los nuestros pereció don Miguel Pierson que mandaba en la brecha. Acabó también el feliz resultado de aquellos asaltos la desgracia de haberse volado aquel mismo día la torre de San Juan, intermedia entre la ciudad y Monjuich, pereciendo en la explosión casi todos los españoles que la guardaban, y pudiendo solamente salvar á unos pocos el valor y la intrepidez de don Carlos Beramendi, que no fué el solo rasgo de patriotismo con que se señaló en este sitio. Por aquellos días se apoderó también Saint-Cyr del pequeño puerto de Palamós, pereciendo igualmente casi todos sus defensores.

Pasó el resto de julio dedicado á impedir que entraran socorros en la plaza, logrando en efecto interceptar un convoy que conducía el coronel Marshall, valeroso irlandés que habia venido á tomar parte en esta guerra en favor de España, de cuyo encuentro solo este caudillo y unos pocos con él pudieron salvarse y penetrar en la ciudad. En cambio molestaban también á los sitiadores por todos lados y sin cesar algunos cuerpos de tropas nuestras, y sobre todo los somatenes y miqueletes, mandados por jefes tan intrépidos y activos como Porta, Robira, Cuadrado, Iranzo, Milans y Clarós. Los fuegos de la plaza no cesaban tampoco, y una de las bombas incendió la torre de San Luis, de que se habian apoderado los franceses, quedando muchos de ellos entre los escombros, y sucediéndoles á su vez lo que á los nuestros habia acontecido pocos días antes con la voladura de la torre de San Juan. Llegado agosto, pusieron los franceses especial ahínco y empeño en apoderarse de Monjuich. Diez y nueve baterías llegaron á levantarse para expugnarle. Hicieronse dueños del relleno, y todavía no desmayaba el ánimo ni se entibiaba el

(2) Como una bala derribara al foso la bandera española que tremolaba en uno de los ángulos, el subteniente don Mariano Montoro tuvo el admirable arrojo de bajar á recogerla, subir por la brecha misma, y enarbolarla de nuevo. Hechos parciales de asombroso valor personal, parecidos á este, se vieron bastantes en este célebre sitio.

ardor de los nuestros, y todavía hicieron alguna salida costosa á los contrarios. Pero de los 900 hombres que le custodiaban habian perecido ya 511 soldados y 18 oficiales; casi todos los restantes estaban heridos; el coronel Nash que los mandaba creyó imposible prolongar mas la resistencia; así lo comprendió también el consejo de oficiales que reunió, y resolvió en él abandonar el fuerte, no sin destruir antes las municiones y la artillería (12 de agosto). Ruinas mas que fortaleza era ya aquel recinto cuando le ocuparon los franceses: 3.000 hombres les habia costado conquistar aquellos escombros. El gobernador Alvarez, á pesar de su severidad, aprobó al fin la conducta de los valientes defensores de Monjuich, convencido de que habian llenado su deber cumplidamente.

No nos admira que el general Verdier creyera, y lo asegurara así á su gobierno, que á la rendición de Monjuich tardaría pocos días en seguir la de la ciudad, que quedaba en efecto bastante descubierta y por flacos muros y muy escasos fuertes defendida. Pero equivocóse el general francés, como quien no conocía aun la tenacidad de aquellas tropas y de aquellos habitantes. Para defenderse de las nuevas baterías que él hizo construir en diferentes puntos y de los fuegos que vomitaban contra la ciudad, hacían los de dentro parapetos, zanjás, cortaduras y todo género de la escasez de la guarnición. Cuéntase que en una de ellas, como el oficial que la guiaba le preguntase dónde se refugiaria en caso de necesidad, le contestó aquel imperturbable caudillo: *En el cementerio*. De estas salidas se aprovechaban los catalanes de fuera para introducirse en la plaza, ávidos de participar de los trabajos y de la gloria de sus compatriotas, y dia hubo en que solo de Olot penetraron en la ciudad hasta 100 hombres. Pero el principal encargado de proporcionar socorros mas formales de hombres y de vitullas era el general Blake.

De vuelta de Aragon este general, despues de haber empleado algunos días en la reorganización de su menguado y desconcertado ejército, pensó seriamente en socorrer la ya muy estrechada y apurada plaza de Gerona. Por ásperos y montuosos caminos llegó á Vich, donde pasó revista á sus tropas (27 y 28 de agosto), y prosiguiendo por escabrosas sendas al Coll de Buch y á San Hilari, donde se le juntaron siete regimientos, dió allí sus órdenes (31 de agosto) á don Manuel Llauder y al coronel de Ultonia don Enrique O'Donnell, á aquel para que fuese á desalojar al enemigo de la altura de los Angeles al norte de Gerona, á este para que le llamase la atención por la parte de Bruñolas, mientras él con escasos 6.000 hombres que le quedaban se adelantaba á las alturas del Padró á la vista de la ciudad sitiada. Llauder se apoderó con bizarría de la ermita de los Angeles, plantando en ella la bandera española, bien que teniendo que retirarse luego al pié de la altura por haber cargado á la ermita gran refuerzo de enemigos. O'Donnell, á quien se unió Loigorri, atacando vivamente la posición de Bruñolas cumplía bien su misión de atraer hacia sí la mayor parte de las fuerzas francesas, mientras Rovira y Clarós combatían á la orilla izquierda del Ter. Entre tanto por la derecha de este rio se acercaba á Gerona un convoy de mil quinientas á dos mil acémilas, escoltado por cuatro mil infantes y quinientos caballos á las órdenes del general García Conde. Este cuerpo sorprendió y arrolló en Salt (1.º de setiembre) un fuerte destacamento francés, y el convoy y la división entera entraron tranquilamente en la plaza, no obstante la vigilancia y las maniobras de Verdier y de Saint-Cyr para impedirlo.

Quedaba la dificultad de volver á sacar las acémilas de la plaza, donde nada aprovechaban ya, y estorbaban mucho. Hizo también esta operación tan diestra y felizmente (3 de setiembre), que sin perderse ni una sola caballería ni un solo hombre se salvaron y trasportaron á San Feliu, quedando segunda vez burlado Saint-Cyr. De la división de Conde quedaron en la ciudad mas de tres mil hombres, cuyo refuerzo alentó grandemente la ya harto menguada guarnición. Conde con el resto de su gente se volvió á Hostalrich, y Blake, despues de dirigir y proteger tan feliz operación, se replegó su-

cesivamente á San Hilari, Roda, San Feliu y Olot. Exasperado el enemigo con este incidente, y ardiendo en deseo de vengarse, volvió á ocupar los puestos abandonados, recobró la ermita de los Angeles (6 de setiembre), y acuchilló á todos sus defensores, salvándose solo tres oficiales, y el coronel Llauder que se arrojó por una ventana. En los días siguientes se renovaron con furor los ataques contra el flaco muro de la ciudad. Tres anchas trincheras habia abierto ya el cañon enemigo en los baluartes de Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal. Antes de dar el asalto envió Saint-Cyr parlamentarios á la plaza pidiendo la rendición, pero Alvarez, cumpliendo la amenaza y la promesa que desde el principio habia hecho, los recibió á metrallazos.

Tal conducta del indomable gobernador español necesariamente habia de indignar al general francés, y el asalto se hizo inevitable. A las cuatro de la tarde del 19 de setiembre cuatro columnas enemigas de á dos mil hombres cada una avanzaban á las brechas. Las campanas de Gerona, al mismo tiempo que los tambores, llamaban á paisanos y soldados á la defensa de los puestos que de antemano se habian señalado á cada uno. A todos presidia, y á todos alentaba con su imperturbable continente el gobernador Alvarez, y el silencio majestuoso con que marchaban los de dentro contrastaba grandemente con el estruendo de los doscientos cañones que de la parte de afuera retumbaban. En la brecha de Santa Lucía que acometió la primera columna enemiga, por dos veces fueron rechazados los agresores, quedando allí sin vida muchos de ellos, bien que con la desgracia de que la perdiera también el valeroso coronel irlandés Marschall que mandaba nuestra gente. En las de Alemanes y San Cristóbal no fueron los franceses mas afortunados: de una los repelieron al arma blanca los regimientos de Ultonia y de Borbon: en otra los escarmiento don Blas de Fourmas que la defendía. Los ataques á la torre de Gironella y á los fuertes del Calvario y del Condestable costaron algunas pérdidas á los nuestros y muchas á los contrarios. Don Mariano Alvarez acudia sereno á los puntos donde era mayor el peligro; á su vista se enardecían hasta las mujeres; algunas recibieron la muerte por su intrepidez: perdimos también oficiales muy distinguidos; pero qué suponen 300 ó 400 españoles que perecieran en los asaltos de aquel dia, en cotejo de cerca de 2.000 franceses que quedaron en sus brechas? Grande debió ser el escarmiento de los sitiadores, cuando Saint-Cyr no se atrevió á repetir los asaltos, y cuando abiertas tantas y tan anchas brechas se decidió á convertir otra vez el sitio en bloqueo.

Atento siempre Blake al abastecimiento de la plaza, habia estado preparando en Hostalrich otro convoy de igual número de acémilas que el anterior y algunos ganados. Propúsose proteger él mismo su transporte á Gerona con el grueso del ejército, que constaba de 10.000 hombres, yendo don Enrique O'Donnell de vanguardia con otros 2.000. En tanto que Blake ocupaba las alturas de La Bisbal, O'Donnell arrolló dos destacamentos franceses que encontró al paso, avanzó, acaso con indiscreta intrepidez, hasta la plaza, introdujo en ella hasta 300 acémilas, y él mismo entró con 1.200 hombres en Gerona (26 de setiembre). Mas no pudo penetrar ni el resto del convoy ni el resto de la columna; uno y otro fueron cortados por Saint-Cyr, que interponiéndose de improviso entre O'Donnell y Blake, apoderóse de las brigadas y de los conductores, haciendo ahorcar ó fusilar con desapiadada fiereza muchos de ellos, y quedando también en su poder gran parte de la escolta. Blake, cuyas fuerzas no bastaban para empeñar un combate con el enemigo, retiróse primeramente á Hostalrich, y despues trasladó su cuartel general á Vich, donde permaneció hasta el 13 de octubre. El socorro de vitullas introducido en Gerona no bastaba ni con mucho á remediar la penuria de la plaza, y los 1.200 hombres que con él entraron mas sirvieron de embarazo que de provecho por lo que aumentaban el consumo. Pensó por lo mismo O'Donnell seriamente en evacuar cuanto antes pudiera la ciudad; las dificultades para la salida eran grandes; grande también el peligro; pero venció aquellas y salvó este, cruzando una noche silenciosamente la ciudad (12 de octubre), y uniéndose despues al ejército por medio de una atrevidísima marcha que ejecutó por el llano, atrave-